

Capítulo 374

La Persistente Perséfone

Perséfone no estaba muy segura del motivo, pero por alguna razón sintió que el aire dentro de la sala del trono era mucho más intenso que hace un segundo.

Evidentemente Camazotz parecía haberlo percibido también, ya que poco a poco empezó a alejarse de las seis mujeres sentadas en los tronos frente a él.

"C-Camazotz le dio a esta vuestra carta, ¡pero ella se mantuvo terca y exigió que la trajera aquí...! No creo que no deban perdonarme, ya que por su culpa..."

"Deja de hablar."

Sentada en el trono más cercano al trono vacío de Abaddon, había una mujer de piel morena y saludable, su cabello sedoso color cuervo.

Sus ojos eran de un color dorado brillante, pero a pesar de su vivacidad eran aborreciblemente desconcertantes.

Casi como un dragón, aunque menos opresivo y más... calculador.

Como una gran y terrible serpiente, que analiza meticulosamente a su presa antes de llenarla de veneno.

Aunque Camazotz podía sentir que ella era significativamente más débil que él, su presencia era varias veces más dominante de lo que la de él alguna vez había sido.

Ella era una verdadera emperatriz, en todos los sentidos de la palabra.

Lailah pasó su fría mirada sobre el cuerpo del dios maya, antes de centrar su atención en la diosa que había traído aquí.

"¿Cómo es que estás aquí? El tercer nivel del Sheol está completamente cerrado a los vivos. No deberías haber llegado hasta aquí".

Perséfone levantó la mano y permitió que todos la vieran mientras se volvía incorpórea brevemente.

"Es... un truco que aprendí de mi propia época en una tierra de muertos. Puedo separar temporalmente mi alma de mi cuerpo y funcionar como lo haría un fantasma normal".



Lillian arqueó una ceja mientras se sentaba en su trono.

"Algo así entraña un grave riesgo. Has dejado la mayor parte de tu poder en tu cuerpo físico y has conservado sólo una mínima parte para conservar intacta tu alma".

"Podríamos matarte con sólo estornudar", se dio cuenta Valerie.

"No hay forma de que realmente vinieras aquí tan indefensa y sin algún tipo de cartas adicionales bajo la manga, así que ahórranos este falso acto de debilidad, ¿eh?"

Aunque el tono de Seras era amigable, la intensa luz en sus ojos y los destellos ocasionales de sus dientes puntiagudos no lo eran en absoluto.

Perséfone se tragó la pequeña cantidad de intimidación que sentía y trató de parecer aún más sincera.

"No tengo cartas ocultas que jugar, se lo aseguro... Vengo aquí hoy sin nada oculto, sin malas intenciones y sólo deseando negociar por la paz".

—Eres... o muy valiente o muy estúpida —murmuró Lailah—. ¿Por qué viniste aquí en semejante estado de vulnerabilidad?

"Porque si no puedo reunirme con Abaddon hoy, para negociar por unas cuantas vidas inocentes antes de que sea demasiado tarde, entonces nos matarás a todos cuando sepas lo que Zeus ha planeado con los demás... Hago esto para que sepa que algunos de nosotros no formamos parte de esto".

Las orejas de las muchachas se aguzaron visiblemente y todas se inclinaron hacia delante, como si finalmente estuvieran interesadas en escuchar más.

—¿Y qué es exactamente lo que tiene planeado ese «Zeus»? —preguntó Audrina con insistencia.

Ahora, Perséfone estaba empezando a sudar un poco.

Esta era la parte de su plan, donde las cosas podían salir terriblemente mal en un instante.

Pero pasara lo que pasara, ella tenía que mantenerse firme, incluso si las reacciones de las chicas eran terribles.

"El problema es que no voy a ofrecer voluntariamente ninguna de las informaciones de que dispongo, a menos que Abaddon se reúna personalmente conmigo, para discutir algunos términos míos primero..."

Perséfone esperaba que las reacciones de las chicas fueran negativas, y vaya si tenía razón en sus suposiciones.



Apenas unos nanosegundos después de que las palabras salieran de sus labios, la presión dentro de la sala del trono aumentó mil veces.

La ira de cuatro diosas en el nivel supremo realmente no era algo para despreciar, lo que provocó que tanto Camazotz como Perséfone comenzaran a sudar frío, mientras los ojos escapaban de sus cabezas.

Como Valerie era la que tenía el peor temperamento del grupo, fue ella la que reaccionó primero.

Al abrir su mano, la Perséfone espiritual voló hasta su cuello y cayó en sus manos.

Sus ilustres ojos rojos ardían con tanto odio, que la diosa que tenía en sus manos no podía sostener su mirada.

"Haaa... Pensé que eras una perra, pero tienes un par de huevos, ¿no? Este es el problema con todos ustedes, malditos dioses.

Todos tienen el descaro de exigir cosas en las casas de otros, como si esperaran que todos los que ven deben arrodillarse y besarles el trasero".

"Yo... entiendo lo que parece esto, pero no tengo otra opción... ¡Si no lo hago ahora, no podré proteger mi vida y la de aquellos que me importan...!"
Perséfone gritó entrecortadamente.

"Entonces, ¿qué tal si nos dices lo que sabes primero? Luego decidiremos si vale la pena pagar con sus miserables vidas, ¿sí?"

"¡Yo... no puedo...!"

"Maldita perra..."

El agarre de Valerie se hizo cada vez más fuerte, mientras pequeñas grietas doradas se formaban en la garganta de Perséfone.

Camazotz no hizo ningún movimiento para defenderla, aunque todavía quería desesperadamente que la diosa se mantuviera con vida.

¡Aún no lo había recompensado por este trabajo!

¡La sangre de 1.000 humanos vírgenes era la única razón por la que había venido a estas tierras malditas, por segunda vez en dos días!

¡Si no conseguía su premio, maldeciría a esa maldita diosa hasta el más allá!

El ser de Perséfone comenzó a aparecer y desaparecer, y la diosa comenzó a temer que todo aquello fuera un esfuerzo terriblemente inútil.

—Tranquila, mi amor. Quiero escuchar lo que ésta tiene que decir.





Una voz resonó a través de las paredes de la sala del trono, y la ira de las seis mujeres se detuvo de golpe.

—Cariño... Se suponía que deberías estar descansando, no espiándonos con tu sentido divino —Audrina hizo pucheros.

"En mi defensa, ¿cómo no voy a venir a hechar un vistazo cuando siento que todas están tan molestas?"

""""""""...Lamentamos haberte despertado, esposo.""""""""

"No os preocupéis por ello, mis amores. Estaré allí en un momento."

Las muchachas dejaron escapar pequeños suspiros, como doncellas enamoradas.

Valerie finalmente arrojó a Perséfone y ella se detuvo justo frente a Camazotz.

A pesar del duro trato, su mente todavía estaba tratando de procesar exactamente lo que acababa de suceder.

"Todas daban mucho miedo hace un segundo, pero ahora son... ¿diferentes?"

Perséfone pensó brevemente que estas mujeres podrían haber tenido un trastorno de doble personalidad, dada la forma en que cambiaron, de merodeadoras sedientas de sangre a mujeres suaves y afectuosas.

Incluso Camazotz la miró como diciendo: "¿Qué diablos acaba de pasar?"

En el segundo siguiente, un hombre apareció en un destello de luz dorada.

Perséfone ya había visto a Abaddon unas cuantas veces, al igual que el resto de los dioses.

Pero ella sería la primera en saber que las breves imágenes que vio no le hacían justicia.

Su piel morena parecía más suave que la de ella, y un aroma suave, pero extremadamente agradable, flotaba desde su largo cabello color burdeos.

Al contrario de cómo parecía antes, su comportamiento actual era más bien... ¿modesto?

Claramente acababa de despertarse, ya que su atuendo consistía únicamente en un par de pantalones de dormir oscuros con cordones desatados.

El cabello, del que sus esposas estaban tan orgullosas, ni siquiera estaba atado, y se frotaba los ojos, adormilado, como si estuviera tratando de concentrarse.





Sus ojos amatista miraron a Valerie con una mezcla de amor y somnolencia, provocando que su ardiente corazón se derritiera instantáneamente.

"Mi esposa está molesta, ¿eh? Pude sentir tu enojo antes de sentir el de las demás".

"...No pude evitarlo... Ella me vuelve loca..." murmuró Valerie tímidamente.

'¿Por qué de repente te muestras tan mansa y elegante?'

Perséfone sintió que la mujer que la había estrangulado hacía solo unos segundos y ésta debían ser una persona totalmente diferente.

¡Eran demasiado diferentes!

—Sí, lo sé, querida —dijo Abaddon con una sonrisa.

Él levantó fácilmente a Valerie de su trono y la llevó hasta el suyo, antes de sentarla en su regazo.

Sus alas revolotearon un poco de felicidad, mientras apoyaba la cabeza en su hombro; su enojo anterior ya era cosa del pasado.

'¿Qué... carajo...?' Perséfone ya no tenía idea de lo que estaba pasando con estas mujeres.

—¿Y bien? Estoy aquí —dijo Abaddon bostezando—. ¿Cuáles son el resto de tus términos, pequeña diosa?

Perséfone se sacudió de su estupor, mientras trataba de recordar exactamente por qué había venido aquí.

"Te pediré que me perdones a mí y a mi madre Deméter... a cambio, te traeré información sobre los planes de los dioses e ¡incluso actuaré como agente doble si lo deseas...! Puedo hacer cualquier cosa, si tan solo nos ahorras tu ira".

Abaddon intentó recordar lo que sabía sobre la diosa Deméter.

Ella no era particularmente alguien a quien él estudiara mucho, pero sí recordaba las historias que hablaban de sus desafortunados enfrentamientos con Zeus y Poseidón, así como la ira que mostraba cuando su hija, Perséfone, era lastimada de cualquier manera.

Por lo que recordaba, ella no era el tipo de persona a la que él estaba absolutamente en contra de perdonar.

Pero todavía tenía una pregunta.

—¿Y tu marido Hades? ¿No estás aquí para negociar por su vida?



